

# Noticia de un Poeta

por Sebastián Salazar Bondy

FUE justo quien, con el objeto de subrayar la sinceridad expresiva que campea en la obra de Carlos Drummond de Andrade, aludió a ese imperio de la necesidad que Wordsworth reclamaba a los sonetos de Goethe. Es ese rasgo el que con más vigor sobresale en las creaciones de este poeta brasileño a quien los lectores de habla española, quizá debido a la odiosa barrera del idioma, conocen mal o desconocen totalmente. Drummond de Andrade es uno de los poetas vivos más valiosos de este continente, una de sus voces más apasionadas y apasionantes, tanto por la hondura que la caracteriza como por la estricta correspondencia que existe entre ella y el espíritu del mágico país a cuya literatura pertenece.

Siete libros—el último de los cuales, "Poesía até agora", es antológico—contienen la producción de Drummond de Andrade, quien naciera, hace cincuenta y un años, en un pequeño pueblo (Itabira-do-mato-dentro) del Estado de Minas Geraes. De su lugar natal, de la recia savia que de la tierra metálica asciende hacia el hombre que la habita, recibió el alma del poeta, sin duda, esa enjuta calidad, maciza y no obstante permeable, que hace de sus versos excelencias de nítido relieve. De la endurecida actitud del minero, apenas fracturada por un finísimo humor, participa en mucho la poesía de Drummond de Andrade. No se piense, sin embargo, que esa solidez equivale a tiesura de la forma o énfasis del fondo. Se trata, más bien, de cierta altiva conciencia de sí, no exenta en muchos pasajes de un sentimentalismo sutil, claro, legítimo.

La palabra necesidad, es muy cierto, conviene bien a la poesía del autor de "Sentimiento do mundo" y "A rosa do povo", sus dos más importantes colecciones poéticas. Allí, las palabras, verso a verso, van iluminando la vivencia personal e íntima que, al mismo tiempo, constituye una experiencia común que el poema transforma, en virtud de una especie de cosificación ideal, en un hecho que el lector sorprende de inmediato como propio. El poeta, así, es intérprete, traductor de sentimientos actuales, y es por eso, también, el taumaturgo que convierte aquello, informe en los demás en algo preciso en él, tocado acaso por la eternidad. Parece, en verdad, que Drummond de Andrade no hubiera podido evitar el escribir estos poemas en los que simples intuiciones, a veces pertenecientes al más corriente de los sucesos, se han trocado en verdaderas expresiones de la vida secreta que en cada uno transcurre, todo ello, además, sin ceremonia, natural y espontáneamente, como victoria perdurable de esa "difícil facilidad" que sólo los grandes artistas dominan. Por ello es que muchas veces—y no ha de faltar quien se lo reproche como defecto—, a despecho de su propia poética, los poemas de Drummond de Andrade son narrativos o descriptivos, puesto que la condición dramática que poseen exige que muestren, por dentro y fuera, pormenorizándolo, el acontecimiento del que emanan o en el que se sustentan.

En su primer libro ("Alguma poesia"), un poema titulado "Confidência del itabirano" tiene el acento autobiográfico que caracteriza gran parte de la obra del poeta brasileño. Con estas palabras:

Algunos años viví en Itabira.  
Precisamente nací en Itabira.  
Por eso soy triste, orgulloso:  
de hierro.

nos introduce en aquel universo que en adelante no dejará ya de cantar, descubriéndolo con ternura, tratando de comprenderlo y explicarlo por medio del amor que mueve y hace resplandecer el recuerdo. De ahí el tono melancólico que, no obstante, hace de la ironía el remedio con el cual conjura a cada paso las amenazas de la suntuosidad externa o de la ostentación sentimental. Vibra en la poesía de Drummond de Andrade la humanidad—su humanidad, la nuestra—, móvil permanente de su arte:

No, mi corazón no es mayor que el mundo.

Es mucho menor.

Ni siquiera caben en él mis penas.

Por eso me gusta tanto hablar de mí.

Por eso frecuento los periódicos, me expongo crudamente en las librerías:

necesito de todos.

Y en esa vibración—que no es trémolo temeroso sino palpitante participación de la vida—se entremezclan lo propio y lo ajeno, la memoria de su pasado y la historia de su pueblo como una más potente y efectiva memoria, su contingencia y la del hombre, su destino y el destino de la sociedad, su muerte y la muerte misma como definición de la vida y como misterio inexpugnable. De todo este conjunto de ideas y suscitaciones nace su confianza en el fin triunfante del ser humano, esa que lo hace exclamar, en un poema de "Sentimiento do mundo": "¡Oh, vida futura, nosotros te crearemos!"

La entonación confesional de esta poesía tiene su origen en la comunión existencial dentro de la que su creador vive, es decir, escribe. El poema "América", uno de los más hermosos que hayan salido de su pluma, es un himno en el que se expresa poéticamente la esencia de la soledad del hombre americano y se la define como un instrumento de relación antes que de apartamiento, como un modo de vinculación antes que como una causa de aislamiento:

Por ello es posible distribuir mi soledad, volverla medio de conocimiento.

Por ello soledad es palabra de amor. Soledad ya no es un crimen, un vicio, un desencanto de las cosas.

Drummond de Andrade, desde "Alguma poesia" (1925—30) hasta "Novos poemas" (1946—47), ha ido acrecentando en sí y, por ende, en su obra, una claridad que trasluce sin ocultaciones la sencillez de su propósito original: ser el heraldo de un mundo nuevo y distinto, y del hombre que vacilante lo habita, que asombrado lo descubre, que tenaz lo construye. Su poesía, como la de nuestro Vallejo, en cuya lengua recién nacida hemos de ver, si queremos ver lo mejor, la desembarazada huella del primitivo, como la de Neruda, que incorpora a su cauce todo el caudaloso torrente de la naturaleza americana, es un pórtico espléndido. En ella, tallado, se halla el semblante silencioso, hosco y todavía impreciso del pueblo al que pertenece, en el cual él mismo se ve reflejado. Allí se reconoce cuando, tras un largo poema que es a la vez cántico y meditación, dice conmovido, colmado el corazón de esperanzas:

Sólo soy una sonrisa en el rostro de un hombre callado.

12/2 / 53